



JOSÉ LUIS DÍAZ GÓMEZ



EL ENREDO
MENTE ~ CUERPO

Herder

José Luis Díaz Gómez

EL ENREDO MENTE~CUERPO

Herder

Diseño de cubierta: Claudio Bado/somosene.com

Cuidado de edición : Lizbeth Zavala Mondragón

Formación electrónica: Irma Martínez Hidalgo

© 2021, José Luis Díaz Gómez

© 2021, Editorial Herder

Libros de Sawade, S. de R.L. de C.V.

Tehuantepec 50, colonia Roma Sur

C.P. 06760, Ciudad de México

ISBN (México): 978-607-7727-86-6

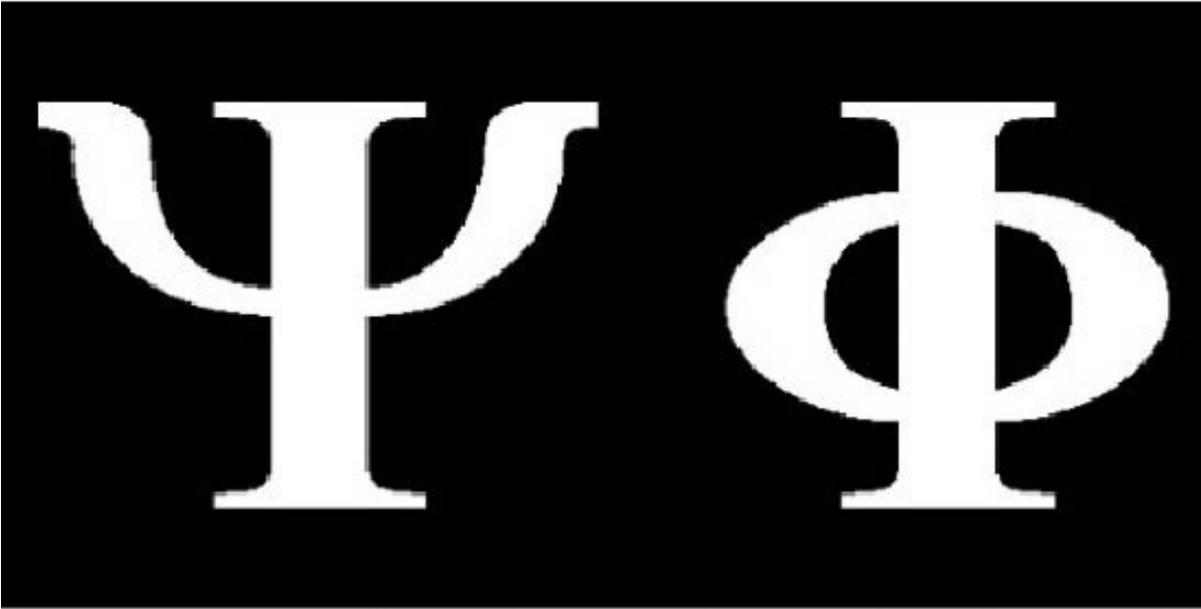
La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del Copyright está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Hecho en México / *Made in Mexico*

Herder

www.herder.com.mx

*T*res inolvidables maestros e investigadores de la Universidad Nacional Autónoma México, provenientes del exilio republicano español, impulsaron mi fascinación por el problema mente~cuerpo: Dionisio Nieto (1908-1985), neurobiólogo y neuropsiquiatra, mi principal maestro y tutor; Augusto Fernández Guardiola (1921-2004), promotor de la psicofisiología nacional, y Eduardo Nicol (1907-1990), eminente filósofo de la tradición fenomenológica. Sea este libro un testimonio de gratitud a su magisterio, bonhomía y aliento.



Las letras griegas *psi* y *fi* simbolizan, respectivamente, al mundo natural (de allí las nociones de física, de cuerpo físico o de fisiología) y a la mente (de allí las nociones de psique, psicología o psiquiatría). Juntas en este diagrama representan apropiadamente al problema mente-cuerpo.

INTRODUCCIÓN

EL PROBLEMA MENTE~CUERPO, UN ENIGMA RECALCITRANTE

Si consideramos las características más distintivas de un ser humano o de la especie en general, dos factores sobresalen: el cuerpo y la mente, elementos patentes y en apariencia disímbolos que constituyen la unidad del individuo. El cuerpo es un objeto tangible y concreto que abulta entre otros objetos del mundo físico; en tanto que la mente es una capacidad impalpable y abstracta de sentir, representar, recrear y evaluar para actuar sobre el mundo de manera oportuna para prevalecer y sobrevivir. Ambos factores constituyen una unidad funcional y necesaria para definir a la persona, pues un cuerpo sin vida mental viene a ser un paciente en estado de coma o un cadáver, y una mente sin cuerpo sería un fantasma intangible o un espíritu descarnado. La persona humana es entonces un cuerpo que por estar vivo y en funciones puede albergar, procesar y expresar ese tipo de información distintiva que calificamos como mente, procesos mentales, actividades psicológicas o conciencia.

Esta amalgama aparentemente cierta de cuerpo y mente constituye uno de los misterios y enigmas más antiguos de la humanidad y más agobiantes para todo ser humano cuando los sopesa o los vive “en carne propia”. El enigma es la naturaleza precisa de esa unión, relación, o dilema entre las dos partes o entidades. ¿Se trata de una sola cosa o dos, una material y otra espiritual? Y si en verdad se constituyen como una unidad, ¿cómo se integra la parte física del cuerpo hecho de carne y hueso (y sesos...) con la porción anímica forjada de percepciones, emociones, pensamientos, fantasías, recuerdos, deseos, sueños, intenciones o decisiones conscientes? La cuestión tiene una importancia existencial inmensa y aún lúgubre, pues de ella depende, entre otras cuestiones, si la persona termina con la muerte, si hay algún elemento que permita una trascendencia durante o después de la vida del cuerpo, si la locura es una enfermedad física o anímica, o si la mente puede enfermar o sanar al cuerpo. Muchas personas tienen creencias al respecto, pero pocas se adentran a examinar el asunto. Dado que la historia del problema mente~cuerpo es la de sus mayores exploradores y doctrinas más trascendentes, la

intención de estos escritos es incitar al lector a escrutar ese terreno a la vez nebuloso y fascinante, que viene a ser el de su propia naturaleza y existencia.

El enigma ha sido recurrente y los intentos de abordarlo y solucionarlo constituyen verdaderas hazañas intelectuales por la vastedad y profundidad de las teorías expuestas a lo largo de siglos y porque una comprensión cabal del dilema, si acaso se alcanzara, constituiría uno de los logros más espectaculares de la especie. No sólo sería un triunfo del conocimiento sobre el mundo y la naturaleza del ser humano, sino un esclarecimiento del conocimiento mismo, ya que es la herramienta de información que conecta el mundo de los objetos, entre los cuales está el propio cuerpo, con el mundo de la mente, el mundo del sentir y del saber que constituye y permite la conciencia y la existencia, el estar y actuar en el mundo. Se revela así de pronto uno de los atolladeros que hacen de este problema un dilema turbador y una dificultad recalcitrante: para llegar a una solución cabal sobre la naturaleza de la unión, relación o disyuntiva entre mente y cuerpo, sería necesario comprender la naturaleza misma de la conciencia y el conocimiento, pues éstos constituyen puentes que median entre el concepto y la cosa, entre la teoría y el hecho, entre... la mente y el cuerpo.

En la siguiente serie de breves ensayos intentaré exponer mi versión de la historia del problema mente~cuerpo, de los conceptos y tratamientos, los accesos y respuestas que se han dado al enigma. El problema ha tenido muchas manifestaciones y ha ocurrido un indudable progreso en el entendimiento, pero toda intentona se ha topado una y otra vez con dificultades y paredes. Ese progreso forma parte de la cosmovisión cultural, ya que por una parte las nociones y soluciones ofrecidas son hijas de una forma de ver y estar en el mundo propias de una época y una sociedad humana, pero por otra fertilizan a esa misma visión sobre la naturaleza del mundo y de los humanos que pululan en su seno. Veremos así que el problema ha involucrado a religiones, filosofías, ciencias y a la historia misma, pues es relevante y aún central para la cultura en todos sus aspectos. Veremos también cómo y por qué el problema ha permanecido sin una solución satisfactoria y qué se ha considerado que constituiría su resolución.

Visitaremos brevemente a los campeones de las variadas ideas que han contribuido, enriquecido y a veces complicado o problematizado la discusión. Echaremos un vistazo a por qué, en la actualidad, muchos consideran que la solución debería incluir un conocimiento profundo de las funciones del cerebro y otros, que es imposible para el cerebro humano comprender cabalmente cómo funciona el cerebro humano, una manifestación más de esa paradoja anotada antes sobre la imposibilidad de un conocimiento completo sobre el conocimiento, o de la

mente para inspeccionarse y dilucidarse plenamente a sí misma. Muchos de esos campeones han sido, previsiblemente, grandes pensadores de la historia, varios de sus mayores filósofos, científicos o artistas. No es para menos, pues el mayor enigma del ser humano es el propio ser humano.

Para realizar el recorrido planteo que el problema puede ser examinado en cinco etapas históricas:

1. La primera comprende desde la Antigüedad clásica hasta el Renacimiento. En un tiempo donde las religiones mayores campearon en las culturas y manifestaciones humanas, el dilema a dilucidar fue la relación entre el espíritu y la materia, entre el alma y el cuerpo, entre lo divino y lo humano.
2. La segunda etapa abarca el Barroco del siglo XVII, el de la gran Revolución Científica, y el siguiente siglo, el de la Ilustración y de las Luces. En ese tiempo el problema tomó la forma de la relación entre la mente y el cuerpo con la que es conocido hasta hoy. Medraron entonces nociones polares e incompatibles de una sola o bien de dos sustancias en relación. En términos filosóficos, se planteó la disyuntiva entre un monismo (del griego *monos* = uno; una sola esencia o sustancia) o un dualismo (dos sustancias en diversos tipos de relación mutua).
3. En la tercera etapa, la creciente cultura científica del siglo XIX impuso que la disyuntiva sobre mente y cuerpo se centrara en el cerebro y cómo este órgano podría generar, albergar y expresar procesos mentales.
4. La cuarta etapa corresponde a la primera mitad del siglo XX, cuando la naciente filosofía de las ciencias planteó como el meollo del problema, y de manera aun más concreta, a la relación entre la conciencia y el cerebro. Las ciencias del cerebro progresaron aceleradamente al tiempo que filósofos y científicos debatieron ampliamente el papel del lenguaje en la concepción del asunto.
5. Más adelante, a partir de la década de los sesenta del siglo XX, aparece una transdisciplina de amplio aliento llamada ciencia cognitiva, que al acoplar en su inicio ciencias del cómputo, filosofía de la mente, lingüística, neurociencias y ciencias de la conducta planteó una unidad conciencia-cerebro que llevó a una polémica fascinante y laberíntica. Esta quinta etapa de las ciencias cognitivas ha resultado en importantes avances y en un atolladero desesperante, pues no hay solución planteada que no tenga objeciones o dificultades.

Hoy día, hay esperanza de que la conjugación de muchas disciplinas biológicas, psicológicas, sociales, estéticas y humanas en una amplia plataforma conceptual que se ha denominado “ciencias de la complejidad” provea de hipótesis novedosas y viables para entender mejor el problema mente~cuerpo y la naturaleza de la conciencia. Ofreceré argumentos y evidencias para sostener esta posibilidad intentando definir sus retos y obstáculos. En esta luz, el problema retorna desde el enfoque microscópico de cómo se genera, alberga o procesa la conciencia en el cerebro, hasta planteamientos más globales en el sentido de que no se podrá avanzar sin incluir en la ecuación al cuerpo vivo y activo en el entorno o la cultura en forma de los símbolos que median esa interacción. ¿Constituirá ésta una sexta etapa del problema mente~cuerpo?

Además de las diversas etapas históricas o diacrónicas del desarrollo del problema, es conveniente plantear de entrada que existen dimensiones diferentes para abordarlo y comprenderlo. En el transcurso histórico, parece haber ocurrido un movimiento desde el macrocosmos al microcosmos en el sentido de que inicialmente se cuestionó la relación del espíritu con la materia tomando en cuenta la dimensión más amplia del universo y del mundo en referencia al ser humano. A continuación, se abordó la relación entre la mente y el cuerpo centrándose en el individuo o la persona humana como la unidad de análisis. Después se enfocó el problema a nivel subpersonal, es decir, en términos de la relación de la mente y el cerebro, para finalmente puntualizarse aún más a nivel del correlato nervioso de la conciencia, es decir, de las partes específicas y las funciones cerebrales particulares que pueden ser responsables de los procesos conscientes o al menos de corresponder con ellos.

Veremos que todos estos niveles de análisis del problema son legítimos y que de hecho proporcionan una panorámica adecuada para considerar la cuestión, pues si no se distinguen, ocurren confusiones que obstaculizan y complican un problema de por sí dificultoso. En este libro vamos a distinguir los siguientes tres niveles: 1) el nivel suprapersonal de la relación del organismo con el entorno, 2) el nivel personal del individuo o del organismo íntegro en el que intervienen diversas funciones sensoriomotrices o sistemas corporales, 3) el nivel subpersonal más íntimo y microscópico del correlato cerebral de la conciencia.

Es muy importante advertir que el presente no es un tratado académico especializado y apoyado por un aparato de referencias bibliográficas debidamente citadas y localizadas. Se trata de ensayos en forma de reflexiones y argumentaciones con un carácter de difusión y de propuesta. En todos los capítulos se nombran y examinan diversos pensadores y usualmente refiero a su obra más

relevante al problema mente-cuerpo sin necesariamente proporcionar la referencia específica. Las fuentes originales son usualmente obras mayores sujetas a múltiples traducciones y ediciones fácilmente localizables para quien desee adentrarse en sus planteamientos. Desde luego que la lectura y la interpretación de las aportaciones originales sólo es imputable a mi propia actitud y postura. Mi intención es proporcionar hasta donde me ha sido posible una descripción lo más apegada a la tesis de quien reviso y abordo para señalar sus aportes, fortalezas y limitaciones. En el tratamiento de los temas y de las propuestas intento ofrecer argumentos claros y en consecuencia el libro termina con un epílogo en el que intento entresacar y sintetizar los temas que constituyen el problema en la actualidad y de proponer una tesis de amplio registro y de orden transdisciplinario. Al final incluyo una bibliografía conformada por referencias generales sobre el problema mente-cuerpo y por diversos análisis sobre algunos de sus innovadores y creadores más comentados.

Deseo agradecer al periódico electrónico *El Semanario*, de la Ciudad de México, y en particular a Mariana Ruiz por haberme invitado a colaborar con una columna llamada “Mente y Cuerpo”, en la que semanalmente fueron publicadas las diversas contribuciones que aparecen aquí con cambios y adiciones. Agradezco también al editor de Editorial Herder México, Jan-Cornelius Schulz, su interés en publicar este escrito, a Lizbeth Zavala su cuidadosa y experta ayuda en la revisión editorial y a Irma Martínez la formación del libro electrónico.

I.
**DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA AL RENACIMIENTO:
EL ESPÍRITU Y LA MATERIA**

ANIMISMO: ESPÍRITUS EN LOS SERES MUNDANOS

Emprenderemos la historia del problema mente~cuerpo examinando al animismo, una noción primaria y ancestral de las relaciones entre materia y espíritu que tiene una relevancia originaria y duradera sobre el dilema que ahora nos concierne.

En las religiones arcaicas de diversas partes del orbe sorprende la prevalencia y la coincidencia en distinguir dos ámbitos de la existencia que se conciben en interacción mutua, uno material y el otro espiritual. El primero corresponde a la naturaleza, el mundo ordinario, tangible, terrestre y percedero donde mora el ser humano, y el otro, al medio sobrenatural, poblado o constituido por entidades celestiales, inmortales y espirituales, como son los dioses, los ángeles, los espíritus de los muertos y otros númenes. Por acciones potentes de creación e intervención, este mundo trascendente domina sobre el primero, pues es su forjador, ejecutor y sostén. A pesar de su diferencia medular, los dos mundos conviven mediante fuerzas o energías poderosas que operan como mediadores eficientes. Es así que en esta concepción primordial se estipulan esencias sobrenaturales y anímicas en objetos y elementos del mundo tan variados como los astros, los montes y los ríos, las plantas y los animales o, desde luego, las personas, todos dotados de una o varias almas. Es ésta la visión vigorosa e imponente de que todo está vivo, todo siente y piensa.

Estas ideas permiten o requieren otras que han sido prevalentes en sociedades humanas de antigua raigambre, como los nómadas, cazadores y recolectores, cuyos grupos sobrevivientes han sido largamente examinados por los antropólogos. Una creencia general en estas sociedades es que el alma particular puede abandonar el cuerpo durante estados especiales o no ordinarios de conciencia, como los sueños, el orgasmo, la alucinosis por plantas psicotrópicas, el ritual propicio o el trance extático inducido por invocaciones, cánticos o danzas. El alma del sujeto accede entonces al ámbito sobrenatural y a información privilegiada de su interés y el de sus congéneres, por ejemplo, lo que depara el futuro o el origen y tratamiento de las enfermedades.

Es también característico de estas culturas tribales que existan mediadores entre el mundo natural y el sobrenatural; personajes señalados que ejercen y transmiten modos y técnicas rituales para inducir y aprovechar los estados alterados de

conciencia. Estos individuos han recibido apelativos diversos, como hechiceros, curanderos, brujos o chamanes, este último por influencia de Mircea Eliade (1907-1986), notable investigador rumano de las religiones. Se suele usar el término *chamanismo* para denominar tanto a las prácticas de estos personajes como a doctrinas y costumbres asociadas de tribus agrícolas tradicionales, muchas de las cuales persisten en diversas partes del mundo, aunque con celeridad desaparecen arrinconadas por culturas explotadoras y avasalladoras. En su libro *Lo sagrado y lo profano*, Mircea Eliade realizó un análisis comparativo entre las religiones arcaicas del mundo y propuso que el ámbito sobrenatural sea considerado sagrado, en tanto que, en oposición, el mundo natural sea valorado como profano. El ser humano creyente de esta dicotomía se muestra obediente y fervoroso de lo sobrenatural, pues no sólo sus creadores requieren de ritos, ofrendas y sacrificios, sino también de que ciertas funciones vitales, como el nacimiento, la sexualidad, los tránsitos de edad o la enfermedad resulten y requieran rituales, en especial la muerte, pues se anhela y se teme que la vida humana continuará en el ámbito sobrenatural por la prevalencia de un alma ya liberada del cuerpo.

En estas sociedades surgieron y proliferaron ciertos símbolos poderosos como representación y conexión entre lo mental y lo material. Por ejemplo, el ancestral tótem se materializa como una escultura monumental de alegorías animales que se yergue verticalmente entre el mundo natural asentado en la tierra y el espiritual que apunta hacia el cielo. En estrecha relación con el animismo y el totemismo, florecen la magia y la mitología. Se denominan mágicas a diversas prácticas realizadas por hechiceros y taumaturgos para provocar efectos contrarios a las leyes naturales mediante actos, ritos o invocaciones que se consideran efectivas al conectar el ámbito sobrenatural con el natural. Asimismo, las religiones arcaicas engendraron y requirieron historias de la creación del mundo, de dioses sobrenaturales o héroes humanos, de gestas colosales y maravillosas. Son los mitos universales narraciones fantásticas que se conservaron y enriquecieron a través de generaciones por su valor simbólico, es decir, su valor explicativo e interpretativo. Lejos de constituir historias primitivas sin relevancia para el mundo real y actual, los mitos expresan símbolos potentes para comprender el cosmos, la naturaleza humana y los valores que esbozan los objetivos de la existencia o sancionan la relación con los otros y con lo trascendente. Es ésta la propuesta fundamental del mitólogo Joseph Campbell vertida en diversas obras, en especial en *El héroe de las mil caras*.

La mitología griega es relevante al problema mente~cuerpo al aportar la palabra *psique* y sus derivados. Según el mito, la bella Psique es envidiada por la

diosa Afrodita, quien ordena a su hijo Eros lanzarle una flecha que la haría enamorarse de un monstruo. Sin embargo, en vez de eso, el propio Eros se enamora de ella y la rapta en su palacio impidiéndole que lo vea para que no lo reconozca. Una noche, la curiosa Psique enciende una lámpara y si bien contempla fugazmente el hermoso rostro de Eros, éste despierta y la abandona enfurecido. La desolada Psique ruega a Afrodita que le indique cómo recuperar el amor de Eros, pero la sañuda diosa le requiere labores sobrehumanas, como descender al Hades para obtener una poción que la haría más hermosa y digna de su amante. Psique está dispuesta a morir para acceder al Hades, aunque con la guía de una voz logra evadir los peligros del inframundo y regresar con el don que supuestamente acrecentaría su belleza. Pero la poción resulta ser el sueño de los muertos y al ingerirla cae en un denso sopor. Entonces Eros se conmueve y logra obtener la inmortalidad de Psique y su amor eterno.

Con el tiempo la palabra *psique* se incorpora al léxico de varias lenguas como el conjunto de los procesos conscientes e inconscientes de la mente humana, en oposición semántica a los eventos puramente orgánicos. Es notorio y trascendente que la dualidad entre mente y cuerpo esté presentida no sólo desde la religión arcaica, sino desde el propio léxico, de tal forma que cualquier propuesta de unificación irá en contra de una doble naturaleza humana inherente al lenguaje. Éste es uno de los retos severos y perseverantes de lo que llamamos el problema mente~cuerpo, pues plantea un dilema entre dos elementos que parecen distintos por el significado de palabras como *espiritual* y *material*, *alma* y *cuerpo*, o *psicológico* y *orgánico*, que apuntan en direcciones distintas, acaso opuestas.

Además de *psique*, otra herencia del animismo es la noción de ánima o su sinónimo, *alma*. La palabra *animismo* fue propuesta a finales del siglo XIX por el antropólogo británico Sir Edward Burnett Tylor (1832-1917) como la etapa más “primitiva” en el desarrollo de las religiones. Si bien la antropología ulterior rechazó acertadamente la idea colonial de mentalidad primitiva, el término *animismo* sigue siendo útil para implicar la animación de las cosas y seres del mundo por un principio universal que ha tomado diversas formas en la historia de las ideas, como veremos repetidamente. En la búsqueda de una solución del problema mente~cuerpo, no parece necesario eliminar o evadir los conceptos *alma* o *espíritu*, pues aportan sentidos necesarios para comprender el movimiento autónomo, la acción y el proceso enérgico que distinguen la relación de los organismos vivientes con su entorno.

Por ejemplo, una derivación muy antigua del animismo es la idea aparentemente contraria de que espíritu y materia son una y la misma cosa, que

Dios es el universo o bien que el cosmos es realmente divino en el sentido deísta del término. Se trata del panteísmo (el mundo es Dios) y de su necesario fruto, el panpsiquismo (el mundo es mental), nociones fascinantes y trascendentes que examinaremos a continuación.



El totemismo representa apropiadamente la ideología animista en la que elementos naturales están imbuidos de esencias espirituales.

Foto: Tótem en Saxman Totem Park, Ketchikan, Alaska ©.

PANTEÍSMO Y PANPSIQUISMO: UN COSMOS DIVINO Y MENTAL

Muy próxima a la idea animista de espíritus o deidades en los objetos y seres del mundo, se encuentra la de que todo cuerpo material y el cosmos entero tienen mentalidad. Así ha surgido desde antiguo la propuesta de que espíritu y materia son una y la misma cosa. Ésta es la postura del llamado *panpsiquismo* (de *pan* = todo; *psique* = mente), una consecuencia del *panteísmo* (de *pan* = todo; *theos* = dios), la visión de que Dios es el cosmos y el universo es divino, o bien corresponde a la propia deidad. Si se acepta este credo, parece necesaria la existencia de una psique extendida y prevalente, pues las propiedades espirituales, anímicas o mentales estarían infundidas en la naturaleza misma del mundo. En pocas palabras: si el universo se considera divino, entonces, de manera insólita, también debe ser consciente.

Según el panteísmo, no hay creador y creación, sino un Universo plenario que, por su vastedad, complejidad y prevalencia, constituye un proceso creativo prodigioso, eterno e incesante; una unidad de estructura y espíritu en acción. Al suponer verosímil una unidad esencial, un mundo único de naturaleza psicofísica, material y mental a la vez, no es necesario considerar una relación entre cuerpo y espíritu, sino de explicar su insondable identidad.

El panteísmo es muy antiguo. Aunque hay elementos panteístas en el hinduismo, el budismo y el taoísmo, estas antiguas enseñanzas del Lejano Oriente no pueden catalogarse sólo con este rubro, según veremos pronto. Es más evidente que los estoicos hayan expresado un credo panteísta, como sucede con Lucrecio (99-55 a.C.), pues en su obra clásica, *La naturaleza de las cosas*, plantea que alma y cuerpo están formados por átomos, aunque de diferente calibre. En algunos escritos, el emperador romano Marco Aurelio (121-180) defiende una idea similar. Poco después, en la misma Roma, el filósofo Plotino (205-270) consideraba a Dios una unidad impersonal de la cual emanan manifestaciones sucesivas hasta terminar en todos los objetos del mundo, una entidad material infinita y dotada de un alma universal.

Una idea similar surgió en algunos místicos de las principales tradiciones monoteístas, pues los cabalistas judíos, ciertos sufíes mahometanos y algunos monjes cristianos sintieron fundirse con un Dios inmanente. Independientemente de la religión y la cultura en la que ocurrieron, estas sensuales diluciones del yo en

la creación y su creador tuvieron su origen en experiencias de éxtasis, estados de conciencia amplificados mediante arduas técnicas contemplativas que resultaron en la rotunda certeza de una Unidad cósmica y sagrada. La materia dejó de ser un elemento inferior, producto de un poderoso ser espiritual, como se concibe al Creador en la teología tradicional de las tres religiones monoteístas del cercano oriente: el judaísmo, el cristianismo y el islamismo. Como se puede comprender, el conflicto entre místicos y teólogos fue recurrente y, cuando la noción de un alma del mundo ocurrió entre pensadores renacentistas como el dominico napolitano Giordano Bruno (1548-1600), desembocó en su inmolación en la hoguera inquisitorial de Roma, acusado de herejía.

Se ha dicho que dos grandes filósofos del siglo XVII, Spinoza y Leibniz, sustentaron el panpsiquismo, pero veremos más adelante que son artífices de dos nociones afines, aunque diferenciadas y trascendentes, llamadas *teoría del doble aspecto* y *paralelismo psicofísico*, respectivamente. Es notable constatar que varios pioneros de la psicología científica en el siglo XIX, como Gustav Fechner, Wilhelm Wundt y William James, sustentaron ideas asonantes al panpsiquismo, que revisaremos con mayor detalle en su momento. El gran filósofo y psicólogo William James lo reclama de manera elocuente: “Debemos tratar toda forma posible de concebir a la conciencia de tal manera que no parezca equivalente a la irrupción en el universo de una naturaleza nueva que antes no existía en él” (*Principios de psicología*, 1890).

El mayor expositor del panpsiquismo en el siglo XX fue el matemático inglés Alfred N. Whitehead (1861-1947), quien, en sustitución de la trinidad aceptada de materia, espacio y tiempo como ingredientes básicos de la realidad física, adelantó una idea dinámica del universo. El cosmos de Whitehead es un proceso incesante de unidades temporales que denominó “ocasiones”, cada una conformada por elementos físicos y mentales. Esta “filosofía procesal”, elaborada por un matemático eminente, ha sido sustentada por sus seguidores como una forma de religiosidad alternativa y compatible con la ciencia.

En los últimos lustros, ha resurgido el panpsiquismo en la discusión académica del problema mente~cuerpo y la naturaleza de la conciencia, pues parece compatible con la evolución biológica. Siendo la mente y la conciencia inmanentes, se puede postular una evolución de capacidades mentales y de conciencia en paralelo con la complejidad del cerebro, del cuerpo y del comportamiento de las diversas especies animales. La mente no surge repentinamente, sino que prospera con la complejidad de los organismos y está sujeta a leyes evolutivas.

Desde esta perspectiva cabe la capciosa pregunta de si cualquier sistema físico tan complejo como el cerebro podría tener mente. Pongamos el caso de nuestra galaxia, la Vía Láctea, formada por un número de estrellas similar al de neuronas del cerebro humano. Pero sucede que, dado el colosal entramado de conexiones o sinapsis que intercambian información entre todas las neuronas, el cerebro es mucho más complicado que la galaxia. Todo indica que tal conectividad es lo que permite, alberga y procesa la conciencia humana, aunque ignoremos precisamente cómo ocurre. Algunos consideran que los ecosistemas, dada su pluralidad de elementos, vínculos y acoplamientos, manifiestan características mentales. De hecho, una hipótesis científica, conocida con el mítico nombre de Gaia (por la diosa griega de la Tierra) postula la unidad global de toda la biósfera del planeta como un organismo vivo en algún sentido dotado de mente. Ahora bien, aunque se aceptara una mentalidad o cognición en sistemas complejos de diversa estructura, no se puede saber si ese proceso de información es consciente. Como veremos repetidamente, lo que hace muy difícil al problema mente~cuerpo es precisamente la conciencia.

Aunque es posible admitir propiedades intrínsecas a la materia, parece improbable y poco creíble que las moléculas o los átomos tengan conciencia, por lo cual se ha sugerido una mentalidad en ciernes, una protoconciencia. También es difícil aceptar que, aunque presenten movimiento enérgico en estrecha relación con su entorno, la atmósfera o el fuego tengan alguna forma de experiencia. La conciencia parece más admisible en organismos vivos excitables y sensibles, capaces de ser alterados por estímulos del medio ambiente y de responder a ellos con sentido. Estas capacidades objetivas bien pueden tener una contraparte psicológica o subjetiva, como lo propone el pansiquismo.

En suma: si bien es verosímil otorgar mente a los sistemas físicos en relación con su complejidad, no lo parece el atribuir conciencia, cognición o libre albedrío a partículas más y más elementales de la materia. Existen otras nociones de mente generalizada y en la siguiente sección abordaremos tres principios sapienciales fascinantes que rebosan a la razón. Luego revisaremos al idealismo absoluto engendrado en la antigua India y que ha renacido sucesivamente hasta la actualidad en algunos físicos cuánticos.



Ilustración medieval del concepto panpsiquista *anima mundi* (el alma del mundo). Tomada de Wikipedia.

TAO, DHARMA, LOGOS: LA FUENTE INDEFINIDA DE MENTE Y DE MATERIA

La coexistencia de ilustres preceptores que ensancharon caminos y doctrinas espirituales en el siglo VI a.C. supuso un momento de grandes cambios en la evolución de la mentalidad y la civilización humanas. Lao Tse y Confucio en China, Gautama Buda en la India, Zoroastro en Mesopotamia, los profetas Daniel y Ezequiel en Palestina y Pitágoras, Tales de Mileto y Heráclito en la Hélade, encabezaron los primeros intentos registrados para construir y aplicar un sistema de cavilación y de vida sobre cuestiones trascendentales. Su empeño y legado constituye la proclamación de la sabiduría como objetivo, senda y ejercicio de la actividad humana más valiosa para una existencia plena.

Como una manifestación duradera del pensamiento de estos sabios primigenios, es factible congrega y acoplar tres conceptos de relevancia en la historia del problema mente~cuerpo, porque convergen en una propuesta común, a saber: una fuente indiferenciada de mente y materia. En efecto, el Tao, concepto central del taoísmo en la antigua China; el Dharma, elemento clave de todas las enseñanzas nativas de la India como el hinduismo, el budismo y el jainismo, o el Logos grecolatino y eventualmente cristiano de la cuenca del Mediterráneo, constituyen conceptos primordiales y nodales de sabiduría. Vale la pena considerarlos *conceptos sapienciales*.

Por la envergadura y la diversidad de sus sentidos, los tres términos sapienciales son polisémicos, es decir que tienen varios significados, todos ellos trascendentales. El primero y fundamental es metafísico, pues apunta a la realidad última del mundo, a su naturaleza verdadera, y a las leyes que operan tanto en el universo físico como en el mundo espiritual de la mente y la conciencia. Esta esencia que constituye y sostiene al mundo manifiesto no se puede definir ni comprender a cabalidad, es inabarcable e inefable, aunque es posible aproximarse a ella mediante las técnicas contemplativas que desarrollan y promulgan cada una de las doctrinas. Las dos primeras líneas del *Tao Te Ching*, el libro chino de sabiduría atribuido a Lao Tsé, lo dicen de forma contundente e imperecedera: “El Tao que puede ser expresado no es el verdadero Tao / el nombre que se le puede dar no es su nombre verdadero”.

Asociado cercanamente al sentido metafísico, el que anuncia la esencia del mundo, está el segundo sentido de los términos sapienciales, la noción de la *verdad*,

aquello que es lo real, en contraste con lo aparente. En los sutras o discursos del Buda es frecuente la expresión de refugiarse en la verdad; el término *dharma* en el budismo se aplica no sólo a la realidad fundamental y a sus leyes, sino a todas las manifestaciones o fenómenos de la mente en tanto constituyen verdades de la existencia que es necesario experimentar con toda presencia para desarrollar sabiduría. Por su parte, Heráclito de Éfeso, el filósofo que concibió el Logos, lo promulgó como la gran unidad cósmica que se denomina *la realidad*.

En su abordaje ulterior, se subrayó la capacidad de razonamiento y su manifiesta expresión verbal como elementos específicos del Logos. De allí proviene la derivación cristiana del *Verbo* como un principio universal identificado con el Creador y con Jesús, su encarnación humana. Invoquemos otra primera frase perdurable, la del Evangelio de San Juan, que en la traducción del griego revela de forma mítica e imponente: “En el principio era el logos y el logos era con Dios, el logos era Dios”.

Además de la realidad esencial del mundo y de la verdad como su recreación diáfana, el tercer sentido de los conceptos sapienciales es el del camino, sendero o sentido de la vida humana para acceder a la verdad esencial del mundo y para vivir de acuerdo con su naturaleza. Se trata entonces de la virtud, la norma de conducta que se apega y complementa a la ley natural como el camino de la sabiduría. En consecuencia, los tres términos se aplican a la doctrina oral y escrita derivada de su comprensión, aunque esta penetración no sea completa y se mantenga como una guía de la acción y del pensamiento. El sendero, la doctrina que lo avala y su expresión o enseñanza serán entonces el tercer sentido de los conceptos sapienciales. La esencia del mundo, su verdad intrínseca, el comportamiento y la expresión verbal congruentes con estas realizaciones, así como la enseñanza de la doctrina, son los vigorosos sentidos del Tao, del Dharma y del Logos, que al enunciarlos hoy en día impresionan por su amplitud, profundidad y consecuencias.

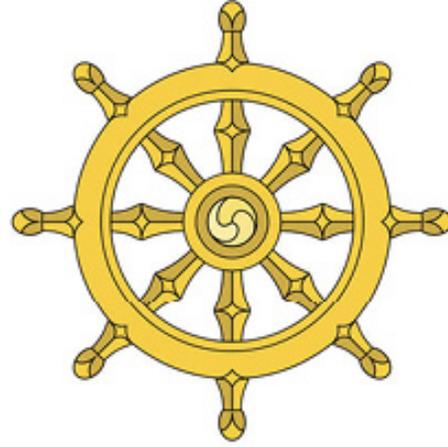
En tiempos consecutivos a estas enseñanzas, mucho se disertó sobre la “realidad última” del mundo y su verdadera esencia, conceptos filosóficos permanentes que tienen su heraldo en aquellas fuentes tan remotas como fértiles. Se antoja pensar que el concepto del *Ser*, que ha sido central en la metafísica occidental, tenga un sentido afín al de los conceptos sapienciales precedentes, pues, más allá de los usos del verbo *ser* como indicativos de inherencia, identidad o relación, según el *Diccionario de filosofía* de Abbagnano (1963), el Ser de la metafísica se refiere a la realidad primaria, necesaria, por antonomasia, aquella realidad que desborda todo concepto y subyace o hace posible toda apariencia, ente o sustancia particular.

En referencia al problema mente-cuerpo que nos concierne en estos escritos, es relevante puntualizar que en las tres tradiciones y los tres conceptos sapienciales hay una propuesta común: la noción de que mente y materia son manifestaciones o hechuras que emanan de una fuente profunda e indiferenciada. Esta fuente sería precisamente el sentido metafísico que apunta al ser verdadero del mundo que indican las palabras Tao, Dharma y Logos. En las tres tradiciones está implicado que los mismos principios que gobiernan al cosmos deben expresarse en la razón y plasmarse en la conducta humana correcta de tal manera que la sabiduría viene a concebirse como una coherencia entre los sentidos de los términos sapienciales, coherencia que les otorga una unidad de conocimiento consecuente para una vida en pos de la sabiduría.

Intentemos un breve análisis de este modelo de reflexión y conducta desde el dilema de la relación mente~cuerpo. Para empezar, no parece justificado etiquetar estas doctrinas y conceptos sencillamente como monistas o dualistas. Parecen monistas en tanto plantean un fundamento inefable único, pero también dualistas al instaurar dos manifestaciones, una de ellas material y la otra mental. El dualismo entre ellas es aparente y secundario, pues no son independientes ni están causalmente ligadas una con otra, sino que están trabadas en principio y en acto, pues son dos manifestaciones o emanaciones de una sola fuente. Es posible que la metafísica de Baruch Spinoza (1632-1677) sea afin a esta idea, pues, para este gran pensador sefardí, mente y materia son dos aspectos diferentes de una fuente primordial, que para él es la divinidad misma, un concepto impersonal de Dios al que Albert Einstein profesó credibilidad. Ya en el pasado siglo, David Bohm (1917-1992), uno de los exponentes de la física cuántica, propuso que en el universo existe un orden implicado o implícito y un orden explicado o manifiesto que incluye a la materia y a la conciencia.

Abordemos a continuación el idealismo absoluto de la India ancestral, la pasmosa idea de que todo es idea y el cosmos un solo espíritu.

道



λόγος

Los símbolos del Tao en caligrafía china, del Dharma budista como la rueda de la existencia y del Logos en caracteres griegos. Tres expresiones distintas de conceptos sapienciales que implican la realidad profunda del cosmos, el camino de sabiduría para aproximarse a ella y la enseñanza que manifiesta este sendero. ©

“TÚ ERES ESO”: EL IDEALISMO ABSOLUTO DESDE LA INDIA MÁS REMOTA

“¿Quién soy yo?” o, más precisamente, “¿qué soy yo?” son preguntas improbables en estos tiempos. De plantearse con candor y curiosidad, las interrogantes apuntarían hacia la esencia de la persona y a cómo se concibe frente al resto del mundo. En los *Upanishads*, los textos sagrados de la civilización india más remota y primordial, se da una respuesta breve y contundente a esta pregunta: “Tú eres eso”, o para decirlo con su sabor original en sánscrito: *Tat tvam asi*. La sentencia afirma una identidad rotunda entre la esencia del ser humano individual, llamada Atman, y la del Ser Supremo, denominada Brahmán. La igualdad se puede expresar con el signo matemático $\text{Atman} = \text{Brahmán}$, y la esencia común a la que hacen referencia estos dos apelativos es netamente espiritual; de hecho, en el hinduismo tradicional, toda la realidad del mundo se estima espiritual.

Los textos mencionados muestran una unidad de credo que puede catalogarse como monismo idealista, pues proclaman que, bajo la apariencia o ilusión del mundo tangible, llamada *maya*, sólo existe Brahmán. No hay dualidad mente-cuerpo o espíritu-materia, sólo una realidad espiritual y eterna. El intelecto por sí solo no puede comprender esto cabalmente y los *Upanishads* plantean una facultad de intuición o realización que trasciende a la razón para capturar la esencia única de la realidad, aunque también disponen que se requiere del intelecto y de la emoción para lograrlo de manera plena.

Los *Upanishads* son parte de los Vedas, las escrituras sagradas hindúes que abordan cuestiones filosóficas y teológicas en forma de diálogos o monólogos vertidos en sánscrito. Datan del siglo VII a.C. y son el fundamento de las religiones y doctrinas de la India. Los *Upanishads* pregonan la espiritualidad en contra de los elaborados rituales y sacrificios de los Brahmanes, la casta sacerdotal del hinduismo, pues argumentan que estos ceremoniales no ayudan a la salvación, sino sólo una vida religiosa que pretenda penetrar en la realidad. El objetivo de la vida humana es entonces la autorrealización, la unión con el Ser Supremo y con ello la liberación del sufrimiento. Estas enseñanzas llegan a su manifestación más célebre en el *Bhagavad Gita*, parte del poema épico *Mahabharata*, del siglo III a. C. En el relato mítico del *Gita* se repite que el alma es indestructible, eterna, inmutable, prevalente e impensable, y el término se aplica tanto a Brahmán como a Atman, el alma individual que reencarnará sucesivamente hasta conseguir la identificación

con el Ser Supremo. Y así, al sustentar de manera explícita que la realidad del mundo es mental o espiritual, los *Upanishads* y el *Gita* profesan el idealismo metafísico.

Podría suponerse que el idealismo absoluto y metafísico no tiene cabida en el mundo actual, en especial porque la ciencia, empresa tradicionalmente realista y racionalista, ha escudriñado y demostrado la materia de forma contundente y detallada. De esta manera se supondría que los mayores defensores de la realidad material sean precisamente los físicos. Resulta entonces llamativo encontrar físicos idealistas, en especial algunos de los más prominentes investigadores de los componentes y funciones de las dimensiones y partículas más elementales de la realidad. ¿Cómo ha ocurrido esta aparente paradoja?

Sucede que la física ha ido desmontando a la materia hasta poner en jaque a la noción misma de “materia”, si por esta palabra se entiende una masa en la dimensión del espacio-tiempo constituida por bloques fundamentales que conforman todo elemento o proceso físico y cuya verificación es precisamente una de las tareas centrales de la física. Pero acontece que la física experimental no ha encontrado partículas elementales, duras y consistentes que constituyan la realidad última del mundo. Los átomos fueron descompuestos hace más de un siglo por Ernest Rutherford en partículas subatómicas, como los electrones, los neutrones y los protones, pero éstos, a su vez, fueron desmenuzados desde 1964 en seis tipos de quarks, algunos de los cuales no parecen tener masa. Si se demuestra que cada partícula descubierta está formada por otras más elementales, se va diluyendo el concepto de materia en dimensiones cada vez más infinitesimales y menos concretas.

Además de esto, algunas interpretaciones de la mecánica cuántica se centran en la observación y en los observadores del comportamiento de las partículas subatómicas como fundamentos necesarios de la realidad física. Es el caso de la llamada “interpretación de Copenhague”, la destacada escuela de físicos cuánticos, según la cual la realidad de las partículas subatómicas no surge más que cuando es observada, una aseveración que parece tan contraintuitiva como la idea de que todo el cosmos es un espíritu o una idea. Entre quienes se acercaron a esta interpretación destacan Sir Arthur Eddington, en su obra de 1929, *The Nature of the Physical World*, y Erwin Schrödinger, en su libro de 1958, *Mente y materia*, a los que volveremos en el futuro. En la actualidad, Amit Goswami, físico cuántico de origen indio, defiende en *El universo autoconsciente* (1993) y otros libros que la base del cosmos es la conciencia y la materia es una derivación de ella. Otros físicos y matemáticos contemporáneos, como el británico Roger Penrose, piensan que la

conciencia es una propiedad fundamental del universo, como son la energía y la materia misma.

A lo largo de la historia, el idealismo absoluto proclama que la realidad del mundo es espiritual o mental, que la materia es una consecuencia de ella y una ilusión de la mente humana. Su duro oponente, el materialismo, asegura que el mundo es material y que la mente también es de naturaleza física o, para expresarlo mejor, una función de la materia organizada y en movimiento. A pesar de las posturas de algunos matemáticos y físicos cuánticos, el materialismo campea en la reciente filosofía de la ciencia y en la mayoría de los científicos actuales. Ahora bien, conscientes de la dificultad de salvaguardar a la “materia” como ingrediente fundamental del cosmos, desde los trabajos del llamado Círculo de Viena en los años 20 del siglo pasado, muchos filósofos prefieren enunciar que la realidad fundamental es de naturaleza física, sea ésta cual sea. Por tal razón, sustituyen el término *materialismo* con el de *fisicalismo*. Más adelante veremos cuáles son las propuestas *fisicalistas* para resolver el problema mente~cuerpo, en especial la que afirma que todo estado mental es simple y llanamente un estado del cerebro.

El idealismo y el materialismo chocan desde sus más remotos inicios, pues son dos formas opuestas e incompatibles de monismo, de comprender al mundo como una sola esencia o sustancia. Es posible que no haya dicotomía y controversia más profunda en la historia de la filosofía que la escenificada por estas dos doctrinas que llegan hasta hoy tras un largo camino de confrontaciones. En el presente relato estamos ubicados apenas en los arranques de estas posiciones que ocurrieron en dos civilizaciones primigenias: la remota India, donde cristalizó la noción idealista de un cosmos espiritual, y la Grecia de los filósofos llamados presocráticos, que postularon un cosmos de naturaleza material formado por elementos físicos.

Hemos revisado brevemente el idealismo absoluto generado en los *Upanishads* de la India y a continuación toca el turno a los progenitores del materialismo en la remota Hélade del Mediterráneo.



El dios Brahma representado con cuatro cabezas barbudas y cuatro brazos. En las manos sostiene agua para crear vida, un collar de cuentas para registrar el tiempo, el texto de los Vedas y una flor de loto. Monta sobre el cisne Jansa que lo trasporta por el universo. ©

LA *PHYSIS*: EL MATERIALISMO INAUGURAL DE LOS GRIEGOS PRESOCRÁTICOS

Seis eruditos que pensaban y escribían en griego entre los siglos VII y V a.C. sondearon la realidad fundamental del mundo, una tentativa notable por su audacia y por instaurar la asignatura que se conoce como *metafísica* a partir de la clasificación de las obras de Aristóteles. El desafío de estos fundadores de la filosofía en Occidente coincidió en postular un elemento material y natural como principio de todo, no sólo del cosmos independiente de los seres humanos, sino también de su cuerpo y su mente, que así vendrían a ser una unidad con el resto del mundo. En pocas palabras: para los sabios de la remota antigüedad griega sólo existiría la *physis*, substancia material y “realidad última”, que es el antecedente más lejano del materialismo y el *fisicalismo*. *Physis* es una transliteración de Φύσις, vocablo griego que al proceder de *phyo* (brotar, crecer) indica, precisamente, “naturaleza”.

En Mileto, el extremo oriental de la Hélade, actualmente situado en Turquía, hace 26 siglos floreció el primer humano que en Occidente ha merecido ser llamado filósofo, no sólo por tratarse de alguien dedicado a pensar sistemáticamente sobre cuestiones trascendentales, sino por ser un apasionado fisgón de la naturaleza y del ser humano mismo. Esto fue precisamente Tales de Mileto (624-546 a.C.), quien inició la indagación y el debate sobre la sustancia última del mundo, que para él necesariamente sería el agua. Se interesaba Tales en todos los asuntos, desde la historia hasta la ingeniería y desde la política hasta la cosmología. Negaba que los dioses del Olimpo fueran los creadores del mundo, pues delimitaba la capacidad generadora a las fuerzas y leyes de la naturaleza. Además del primer filósofo natural, ¿sería también el primer ateo?

Anaximandro de Mileto (610-545 a.C.), discípulo de Tales, rectificó la noción hídrica de su maestro al colegir que sólo algo infinito y sin forma puede ser el principio de todo lo existente. Denominó *ápeiron* (de *άπειρον*, ilimitado) a este fundamento. Mediante una sorprendente abstracción, Anaximandro consideró que el *ápeiron* no sólo era origen de todas las cosas, sino también su destrucción y destino final. En ciclos eternos de creación y destrucción todo brota y todo regresa a este fundamento inmortal, infinito y amorfo, además de indefinible e inefable, pues rebasa los límites de la lógica y el lenguaje para semejar un ente mítico y simbólico inabarcable: una divinidad natural.

El siguiente eslabón de esa cadena de pensadores, Anaxímenes de Mileto (585-528 a.C.), discípulo de Anaximandro, se convenció de que la materia primera o *physis* del cosmos debe ser el aire, el *pneuma*, probablemente al considerar la importancia que tiene la respiración en los seres vivos. A pesar de que el aire parece un repliegue conceptual en relación con el más abstracto y absoluto ápeiron, Anaxímenes introdujo una crucial novedad en la esencia del cosmos: la transformación. Para atrapar la mutabilidad razonó que el aire sufre una condensación al formar las nubes y ésta una condensación adicional para generar el agua. A la inversa, por un proceso de rarefacción, la piedra da origen a la tierra, la cual, mediante otra rarefacción, genera el agua. Así, el cambio llega a ser crucial en la fábrica del mundo y en el pensamiento de Heráclito de Éfeso (535-475 a.C.) – a veces, llamado “El Oscuro” –, para quien el enérgico fuego debe ser la sustancia básica del cosmos.

Además del devenir como un factor necesario y permanente identificado con el fuego, Heráclito concibió un principio ordenador del universo que perduraría en toda la filosofía posterior: el Logos, que hemos glosado hace poco. Heráclito teje este trascendental concepto sobre las propuestas de sus antecesores, pues acepta un principio como fuente y destino de todo lo creado, así como un elemento necesario de cambio y transformación que encarna de manera diáfana su célebre metáfora del río, la cual suele expresarse así: “Ningún hombre puede bañarse dos veces en el mismo río”. Y si en efecto no es posible sumergirse dos veces en las mismas aguas de un río, la diáfana imagen también implica que el ser humano no es el mismo con el paso del tiempo y que su experiencia está en permanente flujo, como lo está el resto del mundo.

El Logos universal se manifiesta en el ser humano como la razón y la voz: una ley universal rige al mundo, a la mente, a la expresión y a la lengua. Esta armonía o igualdad entre la *physis* del mundo físico y la operación de la razón humana constituye un heraldo de las nociones muy posteriores de la mente como un fenómeno natural, sujeto a las leyes naturales. El erudito en filosofía griega Werner Jaeger apunta en 1962 que la armonía de la vida humana para Heráclito depende de la unidad de los contrarios, la cual “se concibe como una biología que abarca, en una unidad compleja y peculiar, lo espiritual y lo físico como hemisferios de un solo ser”.

Opuesta en apariencia a la fogosa dialéctica de Heráclito, está la de su contemporáneo Parménides de Elea (510-440 a.C.), quien, a partir de una epifanía,